

Setenta veces siete

La Palabra hoy nos habla del **perdón**, especialmente dentro de la comunidad cristiana: ha de ser ilimitado: *Señor, si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces tengo que perdonarlo? ¿Hasta siete veces? Jesús le contesta: No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete.*

Si es verdad que **has experimentado la misericordia del Padre contigo**, no podrás andar calculando los límites del perdón y de la acogida al hermano.

En la medida en que tú experimentes el perdón gratuito de Dios, **comenzarás a perdonar de corazón a los demás, porque podrás mirarlos como Dios los ve**: Dios también ama a tu hermano pecador y no le rechaza por sus pecados, como tampoco te rechaza a ti por los tuyos.

Porque **esa esa la experiencia del que vive la fe**. Como hemos cantado en el Salmo: *El Señor es compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia... Él perdona todas tus culpas y cura todas tus enfermedades... te colma de gracia y de ternura.*

Perdonar no significa minimizar un pecado cometido contra nosotros o "enterrarlo".

El **perdón** significa que yo reconozco haber sido ofendido, pero que **elijo poner esta ofensa en las manos de Dios** para que Él sea el juez, y pido, para mí y para mi hermano, un corazón nuevo. Elijo renunciar a mi derecho a retener eso en mi corazón contra la otra persona.

El **perdón** no es una negación del mal, sino **una participación** (no una simple imitación) **en el amor salvador y transformador de Dios** que reconcilia y sana.

El **perdón** no significa someterse a una situación de peligro o de injusticia. No está reñido con el *derecho* a defenderse ni con el *deber* de proteger a los inocentes.

Sólo el Espíritu Santo puede hacer que tengamos los mismos sentimientos que tuvo en Cristo Jesús. Así, la unidad del perdón se hace posible, «perdonándonos mutuamente "como" nos perdonó Dios en Cristo» (cf. Ef 4, 32).

No está en nuestra mano no sentir ya la ofensa y olvidarla; pero **el corazón que se ofrece al Espíritu Santo cambia la herida en compasión** y purifica la memoria transformando la *ofensa* en *intercesión* (cf. *Catecismo* 2842s).

¡Ven, Espíritu Santo!

Para ayudarte a rezar

Revisa tu vida. Mira si guardas rencor a alguien en tu corazón. Pídele al Señor la gracia del perdón.

La Palabra del Señor, luz para cada día

1ª lectura: Eclesiástico 27, 33–28, 9.

***Perdona la ofensa a tu prójimo,
y se te perdonarán los pecados cuando lo pidas.***

El rencor y la venganza son vicios detestables. Es inútil pedir perdón a Dios por nuestros pecados y luego no perdonar a nuestros semejantes. Dios concede su perdón a quien sabe perdonar. **El perdón que damos es la medida del que recibimos.**

Salmo 102, 1–12.

El Señor es compasivo y misericordioso, lento a la cólera y rico en clemencia.

Este salmo es un canto de profundo agradecimiento a Dios por la ternura que siente hacia sus hijos y por la generosidad con que perdona sus culpas. En vivo contraste con el amor eterno de Dios aparece la fragilidad de la vida del hombre. **La experiencia del perdón lleva al salmista a dar gracias a Dios y a decir con emoción que Dios es misericordioso, tierno como un padre y conecedor de nuestra fragilidad.** El salmo nos invita a bendecir al Señor.

2ª lectura: Romanos 14, 7–9. En la vida y en la muerte somos del Señor.

San Pablo nos invita a una vida descentrada de nosotros mismos para centrarnos en Jesucristo muerto y resucitado, el único Señor. **Para ser cristianos hay que salir del narcisismo egoísta de querer ser dueños y señores de nuestra propia vida, y pasar a ser discípulos,** es decir, pasar a que sea Otro –Jesucristo– quien lleve nuestra vida por donde Él quiere y como Él quiere. **"Nuestra" vida ya no nos pertenece, es del Señor.**

Puedes leer *Romanos* 6, 10-11.

Evangelio: Mateo 18, 21–35.

No te digo que perdones hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete.

La autenticidad del amor al hermano se demuestra en el perdón al que nos ha ofendido. Si Dios nos perdona, también nosotros hemos de perdonar a los que nos ofenden. Nuestra generosidad en este perdón condiciona el perdón de Dios para con nosotros. Así lo rezamos en el Padre Nuestro. A Dios le interesa el corazón del hombre. Él ha venido a salvar al hombre y quiere que éste viva. Para ello, deberá actuar con sus semejantes tal como Dios actúa con él. **Recibir el perdón de Dios es comprometernos a perdonar nosotros.**

Puedes leer *Romanos* 13, 8-10.

Lunes 18

1Tm 2, 1-8. Que se hagan oraciones por todos los hombres a Dios, que quiere que todos se salven.

Sal 27. Bendito el Señor, que escuchó mi voz suplicante.

Lc 7, 1-10. Ni en Israel he encontrado tanta fe.

Pídele al Señor el *don* de la *fe*.

Martes 19 San JENARO	1 Tm 3, 1-13. Conviene que el obispo sea irreprochable. Sal 100 Andaré con rectitud de corazón. Lc 7,11-17. ¡Muchacho, a ti te lo digo, levántate! Haz oración por los Obispos, sacerdotes y diáconos
Miércoles 20 San ANDRÉS KIM TAEGÓN	1Tm 3, 14-16. En verdad es grande el ministerio de la piedad. Sal 110. Grandes son las obras del Señor. Lc 7, 31-35. Hemos tocado y no habéis bailado. Haz oración de acción de gracias
Jueves 21 SAN MATEO, APÓSTOL Y EVANGELISTA	Ef 4, 1-7. 11-13. Él ha constituido a unos, apóstoles; a otros, evangelistas. Sal 18 A toda la tierra alcanza su pregón. Mt 9, 9-13 Sígueme. Él se levantó y lo siguió. Da testimonio de Jesucristo y de la Iglesia
Viernes 22 Beato JOSÉ APARICIO SANZ y compañeros Mártires	1Tm 6,2c-12. Tú, en cambio, hombre de Dios, practica la justicia. Sal 48. Dichosos los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Lc 8, 1-3 Algunas mujeres acompañaban a Jesús y le asistían con sus bienes. Reza por los misioneros
Sábado 23 San Pío DE PIETRALCI- NA, presbítero	1Tm 6,13-16. Guarda el mandamiento sin mancha, hasta la manifestación del Señor. Sal 99. Entrad en la presencia del Señor con vítores. Lc 8, 4-15 Salió el sembrador a sembrar. Reza por los niños y jóvenes
Domingo 24 25° del TIEMPO ORDI- NARIO	Is 55, 6-9. Mis planes no son vuestros planes. Sal 144, 2-3.8-9.17-18. Cerca está el Señor de los que lo invocan. Fil 1, 20c-24.27a. Para mí, la vida es Cristo. Mt 20, 1-16. Los últimos serán los primeros y los primeros los últimos Reza por tu familia y por la parroquia

Testigos del Señor: ***Beato Francisco de Posadas***

Nació en Córdoba, España, el 25 de noviembre de 1644 cuando ya sus padres Esteban y María, habían quedado en la ruina. Así que un ápice de luz llegó al hogar con su nacimiento, único del matrimonio, atribuido a la intervención de la Virgen de la Fuensanta. Y a Ella se lo ofreció su madre en cumplimiento de la promesa que hizo si lograba tener descendencia. Cursó los primeros estudios en la escuela regida por Diego de Villalobos.

Al perder a su marido cuando Francisco tenía 5 años, María contrajo nuevas nupcias para desgracia del pequeño que sufrió el autoritarismo y severidad de este nuevo cabeza de familia. Le impidió cursar estudios con los jesuitas y le obligó a emprender un camino que cada vez era más arduo. Fue aprendiz de cordonero y tuvo por maestro a otra buena pieza del estilo de su padrastro; le maltrató durante cuatro años. Ingresó en la vida religiosa con-

travinando la voluntad del marido de su madre.

Cuando el padrastro murió, Francisco tuvo que volver a casa. Después de varias peripecias, fray Miguel logró que lo admitieran en el convento dominico de *Scala Coeli*, donde tomó el hábito. Pronto su celo apostólico y virtudes comenzaron a dar sus frutos. Fue ordenado en Guádix en 1668, y se granjeó el afecto y admiración de fieles, religiosos y personas de alcurnia. Vuelto a Sanlúcar comenzó a predicar, destacando por su humildad y caridad. Hablaba con tanta fuerza y de manera tan brillante que el futuro vicario general de la Orden, Enrique de Guzmán, lo quiso a su lado. Pero Francisco prefirió continuar con su misión. El nuevo prior de San Pablo, de Córdoba, lo invitó a predicar allí y fue destinado al hospicio del convento de *Scala Coeli*. Al entrar, una voz seráfica le advirtió: «*Esta será tu cruz*». Enseguida fue calumniado y depuesto de la responsabilidad que le encomendaron. Sin embargo, enfermó un religioso y le pidieron ayuda para impartir las misiones en distintas localidades. Al regreso, el pecador arrepentido le salió al encuentro rogando su perdón. Y Francisco volvió al hospicio cordobés.

Durante treinta años confesó y predicó por calles y plazas enardeciendo a las muchedumbres. Era bien conocido en las cárceles y en los hospitales. Iban a escucharle obispos, carde-

nales, inquisidores... Entre ellos, a veces escudado en la penumbra, le oía el prior que le negó la entrada en San Pablo. ¿Quién le hubiera dicho a él y a otros muchos ciudadanos que el tan denostado, y no por el brillo de sus antepasados que jalonaba su árbol genealógico, sino por el modesto oficio de su madre, llegaría tan lejos? Francisco jamás renegó de sus orígenes que, aunque relegados al olvido entre la gente por su gran talla humana y espiritual, solía recordar ahuyentando la tentación de sucumbir a tantos honores y glorias mundanas que le ofrecían a cada paso. Solo aspiraba a la santidad, su gran y único tesoro, por el que daba la vida y se entregaba a manos llenas.

Este hombre de intensa oración y penitencia, devoto de María, que vivía volcado en los demás, fue agraciado con diversos dones y carismas. Fundó el hospitalito situado en la Puerta del Rincón para los desamparados y difundió la devoción al rosario. En el lugar colocó una imagen de María que mandó esculpir, denominada por los ciudadanos «la Niña del padre Posadas». Dos veces quisieron nombrarle obispo, y en ambas ocasiones renunció. Autor de diversas obras y tratados espirituales, se le ha considerado «continuator de la gran escuela mística del siglo XVI». Murió el 20 de septiembre de 1713. Pío VII lo beatificó el 20 de septiembre de 1818.